

Jose Luis Gallego

DISFRUTAR EN LA NATURALEZA

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jose Luis Gallego, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-170-1

Depósito Legal: M. 8.653-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Ana Belén, mi paisaje favorito.

La sabiduría consiste, en el fondo, en tener una relación pacífica con lo que está fuera de nosotros: con la naturaleza.

JOSÉ SARAMAGO

ÍNDICE

Introducción. La naturaleza te está esperando	15
1. El gran azul	21
2. Otoño en el bosque	25
3. Paseos con sabor a mermelada	31
4. Entre perdices	37
5. Los sonidos de la marisma	41
6. Lo pequeño es hermoso	47
7. Una mañana en la nieve	51
8. La cigarra entre los trigos	57
9. Noche de búhos	63
10. Un paraíso llamado Cabrera	73
11. Buitres, liebres y sabinas	79
12. Amarillo a la genista	87
13. Bajo una sombra milenaria	91

14. La hora violeta	97
15. Tierra de lobos	101
16. Tambores de paz en el bosque	109
17. Criaturas galácticas	115
18. Pájaros desde el balcón	123
19. Mirando las estrellas	129
20. Concierto de grillos	137
21. La laguna de las grullas	143
22. El espectáculo de la berrea	147
23. Cerezos en flor	151
24. El olor del musgo tras la lluvia	155
25. En los dominios del oso pardo	159
26. Disfrutar coleccionando	167
27. La mariposa de la luna española	175
28. Baños de bosque para curar el alma	179
29. En los viñedos	183
30. El gigante de la estepa	187
31. Dos rapaces marineras	193
32. Mientras la tierra duerme	199
33. El increíble viaje de la angula	207
34. Mañana de espárragos silvestres	211
35. Elogio de la transparencia	215
36. Fuera de cobertura en Doñana	219
37. Encuentro con el martín pescador	223
38. De campo dentro de casa	229
39. La fortuna de vivir aquí	237
40. Llévame al campo	243
Epílogo. Decálogo para disfrutar en la naturaleza... y protegerla	249



INTRODUCCIÓN

LA NATURALEZA TE ESTÁ ESPERANDO

Todo lo que soy se lo debo a mi querida naturaleza. Por eso pongo tanto empeño en compartir con los demás el amor profundo, incondicional y sincero que siento hacia ella. Amor, sí. Hay palabras que la mayoría de la gente teme pronunciar por un exceso de rubor. Tal vez se deba a la extraordinaria carga emocional que encierra su significado, o a la desnudez inmediata que provocan en quien se atreve a decirlas. Incluso puede que se sientan intimidados por su sonora belleza.

Pero cómo expresar la pasión por algo a lo que te sientes tan permanentemente unido. Cómo verbalizar el afecto profundo, el fervor y la devoción absoluta hacia la naturaleza si no es con la palabra amor. Yo me considero, como el resto de seres humanos que vivimos rabiosamente ligados a este maravilloso planeta, un amante de la naturaleza y no sé expresar con ninguna otra palabra mi vinculación hacia ella.

Después del amor viene el resto: la vocación de observarla, el compromiso de defenderla o la necesidad de estar en ella. Pero

todo eso surge por amor. Incluso la primera de las condiciones de mi propio ser, la de estar vivo, viene precedida de mi condición de amante de la naturaleza.

Observarla, disfrutar de ella y esforzarme en comprenderla ha sido mi principal afán en esta vida. Un afán del que nació la vocación de contarla, de contártela, para convertir mis palabras en una herramienta de seducción a su servicio. Eso es lo que pretendo con este libro: atraerle aún más hacia ella. Y si digo aún más es porque estoy convencido de que la naturaleza ya ocupa un espacio en su corazón si ha llegado hasta aquí. Nadie abriría las páginas de un libro que invita a disfrutar en ella si no estuviera enamorado de la naturaleza.

Cuando era solo un niño, leí la más bella carta de amor a la tierra, y me impresionó tanto, me causó tan profunda emoción, que llegué a memorizarla prácticamente entera. Se trata de la famosa «Carta del Indio», el texto con el que en 1854 el jefe de las tribus de los antiguos pobladores del noroeste de Estados Unidos, Noah Sealth, respondió a la oferta del presidente Franklin Pierce de comprar sus tierras y trasladar a toda su gente a una gran reserva, lo que suponía el destierro para todos los miembros de las tribus indias.

La respuesta que el jefe Sealth envió al presidente Pierce constituye uno de los documentos más conmovedores de la historia del ecologismo y transmite el enorme respeto y el inmenso amor que los indios norteamericanos sentían por el entorno que habitaban.

Cada aguja brillante de los abetos, cada brizna de hierba en la pradera, cada gota de lluvia, cada claro entre los árboles, cada criatura de la tierra es sagrada para mi pueblo.

Todavía siento un escalofrío al recordar su contenido. He recurrido a ella en infinidad de ocasiones para intentar transmitir los valores de respeto y amor a la Tierra en mis charlas: desde alumnos

de primaria hasta universitarios; desde políticos hasta directivos de grandes compañías. La he reproducido como prólogo o epílogo en varios de mis libros. Estoy enamorado de este texto y de su mensaje: tan universal que sigue manteniendo toda la actualidad y todo el sentido, muy especialmente aquí, en esta página dedicada al cuidado del agua.

Los ríos son nuestros hermanos, ellos apagan nuestra sed, llevan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Por eso debéis tener respeto por los ríos y tratarlos como a vuestros hermanos. Si ensuciáis los ríos, ensuciáis vuestro nombre.

Con el paso de los años, algunas opiniones han querido restarle valor señalando su posible carácter apócrifo, dudando que saliera de la pluma de un indio para apuntar que tal vez fue una invención del periodista que publicó la noticia, o incluso de algún pionero del ecologismo angustiado por el deterioro ambiental que iban a padecer aquellas tierras con la llegada de la sociedad industrial, como acabó sucediendo. En todo caso ¿Qué más da quién la escribiera? ¿Le resta eso algún valor? En absoluto, su mensaje va directo al corazón.

Todas las criaturas de la Tierra estamos estrechamente unidas por lazos ancestrales y dependemos los unos de los otros. Todos estamos unidos. Esto es lo que sabemos: lo que le ocurre a la Tierra le ocurre también a los hijos de la Tierra.

La «Carta del Indio» es una de las más bellas declaraciones de amor a la naturaleza, un canto a la unión de los seres humanos para cuidar de la tierra que habitamos. Un profundo alegato de respeto al medio ambiente.

El hombre no creó el tejido de la vida: solo es un hilo. Si cortamos el resto de los hilos que nos unen a la Tierra pondremos en riesgo nuestra propia existencia.

En el Día Mundial del Medio Ambiente, que se celebra cada 5 de junio, suelo compartir su lectura con la gente de mi entorno. No se me ocurre mejor manera de festejar una fecha tan importante para todos los que dedicamos nuestra vida a promover entre nuestros semejantes el respeto al planeta.

Enseñad a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos lo que nosotros hemos enseñado a los nuestros: que la Tierra es nuestra gran madre y que lo que le ocurre a la Tierra le ocurre también a los hijos de la Tierra. Cuando los hombres maltratan a la Tierra se maltratan a sí mismos.

Los mensajes de este antiguo escrito siguen hoy más vigentes que nunca, y pueden despertar en las generaciones futuras los mismos sentimientos que lograron despertar en aquel chaval de barrio que soñaba con vivir las más hermosas aventuras en la naturaleza y ayudar a protegerla.

Recuerdo que, por aquellos años, en cuanto salía del colegio, mientras el resto de niños corrían tras un balón, mi único afán era llegar a casa y pedirle a mi madre que sintonizara la emisora de Radio Nacional. En ese momento empezaba mi programa favorito: «La aventura de la vida», mi encuentro con Félix, con mi idolatrado Félix Rodríguez de la Fuente, el gran naturalista que tanto influyó en aquella generación de niños que tuvimos la gran fortuna de compartir con él existencia y que recibimos su impronta de amor y profundo respeto por los animales y sus ecosistemas.

Durante aquellas tardes de radio, la voz de Félix me transportaba a las regiones más remotas del planeta para saber cómo vivían allí sus pobladores y cómo se relacionaban los animales más maravillosos del mundo con el entorno. Era una voz rotunda, clara, mágica, a través de la cual llegaba a la humilde cocina de mi casa el escalofriante rugido del león, los sonidos cristalinos de los pájaros de la selva, el relámpago y el trueno en mitad de la tormenta, el grito del águila, el aullido del lobo o el viento de la tarde moviendo

las ramas de los árboles. Era la voz del planeta. Y yo era inmensamente feliz escuchándola e imaginando que recorría aquellos lugares remotos.

Creo que fue en esas tardes de radio y cola-cao con galletas, con los deberes esperando sobre la mesa de la cocina, cuando decidí que mi vida iba a consistir precisamente en eso, en observar la naturaleza, aprender de ella y llegar a comprenderla para contarla, y de esa manera sumar voluntades y unirme al ejército de chavales que, imbuidos por la sana doctrina de amor y respeto al medio ambiente que nos transmitía Félix en cada una de sus intervenciones, empezaban a formar una gran manada, un enorme clan de amantes de la vida salvaje decididos a protegerla y a impedir su destrucción.

Desde aquellos días de la niñez ese ha sido mi único afán, en el convencimiento de que no existe mejor tarea para el hombre que la de preservar nuestros paisajes naturales, prevenir su deterioro y promover su conservación. Pero también (y sobre todo) disfrutarlos: vivirlos en primera persona, sentirlos y apreciarlos como el más valioso tesoro que nos ofrece la vida. Porque no hay mejor experiencia en la Tierra que la de unirse a ella, unirse a la naturaleza en profunda y sincera comunión, respetándola, amándola y procurando su cuidado, en compañía del resto de seres vivos que la moran.

La naturaleza nos está esperando. Siempre. Es esa amiga fiel que no guarda rencor porque no lo conoce, que no precisa excusa porque siempre nos ha sabido suyos, aunque nos hayamos alejado largo y mucho, desde que empezó el neolítico. Porque, no nos equivoquemos: antes que humanos somos Seres Vivos, y esa condición nos une obstinadamente al árbol, al pájaro, la mariposa, la ballena en la profundidad del océano o el ciervo en la pradera.

Nos une a la lluvia en el atardecer, al agua que corre libremente en el arroyo o al copo de nieve que acaricia el aire en la mañana de invierno antes de posarse sobre las rocas para ser paisaje. Por eso cuando estamos en ella nos sentimos del todo completos, pues volvemos a serlo.

La naturaleza es uno de los mejores lugares para ser feliz, para reencontrarnos con la vida, porque ella es la vida misma. En cada

uno de los capítulos de este libro recojo un instante de felicidad junto a ella. Pero hay más, muchos más. Tan solo he querido recoger un puñado de momentos. Cualquier naturalista aficionado podría complementar la lectura con otros tantos y más, muchos más. Mi único deseo al recogerlos aquí es compartir con el lector la belleza de su recuerdo, y animarle a que viva esas mismas experiencias o cualquier otra en primera persona, en el entorno inmediato (el parque más próximo, un cercano jardín) o en algún destino remoto. Porque, no lo dude, querido lector, sea donde sea, la naturaleza le está esperando.

CAPÍTULO 1
EL GRAN AZUL

El mar, la mar, el líquido amniótico que ha alimentado y protegido la vida en la Tierra, la inmensa placenta del planeta: tal vez por eso nos resulta tan placentera su proximidad.

He tenido la inmensa fortuna de nacer, crecer y vivir hasta hoy junto al mar. No concibo mi vida sin su presencia. Aunque no lo vea está en mí: lo siento y lo presiento.

Ahora mismo, en este preciso instante, mientras intento ordenar las emociones para traducirlas a palabras y compartirlas en este arranque del libro, percibo el mar, la mar, a mis espaldas. Pero la mar es mucho más que la vida, también es el refugio de los sentimientos: el gran balneario de las emociones humanas.

Hay muchos mares en la naturaleza a los que acudir en función del estado de ánimo. Está por ejemplo la playa en una mañana de invierno con la mar serena. La playa desde el paseo marítimo, observando abrigados las gaviotas agrupadas sobre la arena. En esos días de cielo plumizo, la línea del horizonte desaparece porque se amalgama con el gris del mar.

Es un mar nublado frente al que hay una joven sentada en un banco, con la mirada fija en la distancia, buscando respuestas en lontananza. Y un hombre con un perro en libertad que le tira una rama traída por las olas hasta la orilla para que eche a correr tras ella. Es inmensa la belleza de ese perro corriendo con la lengua al viento por la arena de la playa, siguiendo el juego que le propone su mejor amigo, su ser amado, su amor, su amo.

Hay otro mar en el acantilado en un día de temporal. Este es el mar colosal, ciclópeo: un mar que te golpea el alma y te arranca las espumas con la misma fuerza con la que bate las rocas y empuja las gotas saladas hasta las alturas. Es un mar para despertar el ánimo, sacudirlo de viento y de sal y alzarlo más allá de la zozobra y las desconfianzas. El mar embravecido que ayuda a embravecerse y plantarle cara al agobio para arrancárselo de cuajo.

En esos días de tempestad, las aves pelágicas como los paíños, las pardelas, los araos y las alcas, junto al resto de los pájaros salados, bucean y nadan más que vuelan, se dejan ver por la costa huyendo del oleaje que convierte el mar adentro en una imponente montaña rusa. Son días en los que los amantes de la ornitología solemos echarnos a lo alto de los acantilados para, catalejo en ristre y anorak hasta el cuello, disfrutar de unas aves que por lo común solo pueden divisarse desde la cubierta de un barco en travesía, volando a ras de mar y rozando la superficie de las olas con la punta de las alas.

Y luego está el mar profundo: el gran azul. Todos los misterios del planeta Tierra siguen allí abajo, en sus entrañas negras, el lugar más silencioso del mundo. Las crónicas de los investigadores de las profundidades marinas, las novelas que narran la leyenda del gran leviatán, los reportajes sobre calamares gigantes capaces de arrastrar con sus tentáculos un barco hacia la oscuridad que habitan. Son tantos los misterios de los océanos que se me hace difícil entender como somos capaces de destinar miles de millones al presupuesto espacial cuando los mayores enigmas habitan en el silencioso reino de las profundidades.

Apenas conocemos un 1 por ciento de lo que existe allí abajo. Probablemente mucho, muchísimo menos de eso. Pero lo poco que sabemos es simplemente fascinante.

Sabemos, por ejemplo, que en la profundidad del océano sigue viviendo el animal más grande que jamás ha habitado la Tierra. Un ser vivo mucho más grande que cualquiera de los que se desplazan o se han desplazado jamás por su superficie. Mucho, muchísimo más inmenso que el más grande de los dinosaurios que un día poblaron el mundo: se trata de la ballena azul, a la que los científicos llaman *Balaenoptera musculus*.

El mayor de los dinosaurios que poblaron la Tierra hace millones de años fue el braquiosario: una auténtica mole viviente. Medía veinticuatro metros de largo, doce de alto y pesaba setenta y cinco toneladas: el equivalente a quince elefantes. La ballena azul sobrepasa los treinta y tres metros de longitud y su peso puede llegar a superar las cien toneladas: como veinticinco elefantes. Su cabeza es la parte más grande de su cuerpo y en ella destaca una gigantesca boca de más de ocho metros de largo y bajo la que se marca una gran garganta estriada que le llega hasta el vientre. Se podría tragar un barco entero si avanzara con ella abierta surcando la superficie del mar.

Sin embargo, lo cierto es que el gran leviatán azul, esta criatura legendaria protagonista de cuentos y leyendas, surca los océanos del planeta pacíficamente, sin atacar a nadie, desplazándose lentamente en busca de los bancos de krill, el minúsculo camarón que le sirve de alimento.

Mi momento de máxima felicidad en el mar llega en verano, cuando bajo a primera hora de la mañana, antes de que se presenten el resto de bañistas, dejo la camiseta, las zapatillas y la toalla en las rocas y me sumerjo en el agua con unas gafas de bucear. Tras dar apenas unas brazadas me quedo mirando hacia el fondo, a lo lejos, donde el azul empieza a oscurecer y la vista se pierde tras los rayos del sol, que bajan como columnas hacia la oscuridad líquida.

Es entonces cuando pienso en ella, el coloso de los mares, y en el resto de las fascinantes criaturas que habitan sus profundidades: el calamar gigante, el gran tiburón blanco (uno de mis animales favoritos, hoy en día amenazado de extinción), el peregrino, la orca, el delfín, la manta, el pez luna, el martillo, los grandes meros, los cardúmenes de barracudas y espetones, los grandes pulpos, la

inmensa tortuga laúd, los cachalotes, la preciosa ballena blanca o beluga, el narval con su arpón delantero... es imposible resumir en una sola página la espectacularidad de la biodiversidad marina, a la que se han dedicado enciclopedias enteras.

Solo quiero proponerle, querido lector, que por un momento cierre los ojos y piense en todo ese patrimonio, ese maravilloso e inabarcable tesoro oculto que puebla la mayor extensión de superficie del planeta. Casi tres cuartas partes de la Tierra son mar. Nosotros somos la anécdota; ellos, la gran fauna marina, son en realidad los verdaderos protagonistas de la vida en el planeta. Y lo son desde que surgió, hace más de mil millones de años, en esa inmensa placenta que es el Gran Azul.

Su existencia, la existencia de ese extraordinario catálogo de formas de vida que pueblan el mar, desde las desconocidas especies abisales hasta las más próximas y comunes que habitan las aguas del litoral, es uno de los mayores legados que podemos transmitir a las generaciones futuras. Por eso, además de disfrutar del Gran Azul, debemos conservarlo.

CAPÍTULO 2

OTOÑO EN EL BOSQUE

Todas las épocas del año tienen un atractivo diferente, pero ninguna ofrece tantas posibilidades de ser feliz ni encierra tantos encantos para el amante de la naturaleza como el otoño: la estación de los bosques.

En estos tiempos de incertidumbre y escalofrío, el bosque de hoja caduca es uno de los mejores lugares para hallar refugio. Un escondite resguardado, sereno y más confortable de lo que muchos imaginan. El mejor lugar para disfrutar de esos momentos de intimidad y descanso que tanto anhela el alma tras las emociones del estío.

La melancolía es una chopera en otoño. Pasados los fulgores del verano, cuando los bosques de galería ofrecían su sombra fresca y verde a quienes acudían a sestar a orillas del río, el viejo chopo de la ribera empieza a palidecer y se rinde al pulso de la naturaleza, cesa el flujo de la savia y las hojas amarillean como preludio de la otoñada más bella del bosque ibérico.

Los sotos de los ríos, salpicados de chopos asociados con olmos, sauces o fresnos, se van recogiendo como el tinglado de aque-